

# Laura. O los confines sexuales de la necesidad<sup>1</sup>



JACQUES ANDRÉ<sup>2</sup>

Laura acude a cuatro sesiones de análisis por semana. Rechaza el diván; la recibo cara a cara. De ninguna manera me quiere perder de vista, esa misma vigilancia que por la noche le impide dejarse ir al sueño impera en cada una de nuestras sesiones. Sabe muy bien lo que es verse abandonada en un diván, ya ha padecido los efectos alternativamente angustiosos e irritantes durante varios años con una analista mujer. Una misma cólera va dirigida a esa mujer y a su madre, por idénticas razones: frialdad, distancia, incomprensión, indiferencia... Su cuerpo, desde el sillón, emite los mensajes de incomodidad, de agotamiento que me habían llevado a invitarla a utilizar el diván aunque solo fuera como cama de descanso. Secamente me contestó que no contara con ella para caer en una trampa tan grosera. «Iré a su diván cuando el análisis esté acabado.» El día de la semana en el que no hay sesión nota cómo se va aflojando el hilo apenas tejido del análisis, algo se derrumba en ella, varias veces al día toma la decisión de dejar el análisis. Las sesiones a menudo se resienten y conservan rastros de ello: «no estoy aquí, me largo».

Aunque *fundamental*, el enunciado de la regla analítica no es universal; conserva el rastro de su historial singular, el del descubrimiento de la

1 Publicado en el *Internacional Journal of Psychoanalysis* (2011). Vol. 92: 761-771.

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica de Francia. andre.jac@orange.fr  
Director del Centro de Estudios en Psicopatología y Psicoanálisis. Universidad París Diderot (París 7).

represión que obra en las psiconeurosis. ¿Qué *quiere* decirle la regla («Diga todo lo que se le pasa por la cabeza...») a aquel al que va dirigida? Abandone los códigos apremiantes de la conversación ordinaria, déjeles un sitio a los pensamientos secundarios, no dude en «remontarse al tiempo del diluvio» (Freud, 1913: 136). «No tiene nada que ver, no tiene importancia, es una insensatez...», no ceda ante tales intimidaciones, al contrario. Y si, con una palabra, hubiese que indicar la marcha a seguir: «Pierda el hilo, dé rienda suelta a su lengua». Más que una regla, la norma es una artimaña: sorprender la barrera de la represión en un renuncio, sorprender el *catenaccio*, rodear la más inmóvil de las resistencias. No se trata de decir lo que se preferiría guardar para sí, lo inconfesable —lo que no es sino la traducción del mensaje por lo obsesivo—, sino de decir lo que no se *sabe*. La expectativa de un enunciado de este tipo es doble: para el analizando, permitir que la idea se torne *incidente*; para el analista, autorizar que la atención sea flotante.

El gesto que instaura el análisis de Laura es un gesto distinto. La frase que, al final de las entrevistas preliminares, sustituye a la norma es formulada de la manera siguiente: «Le propongo acudir a cuatro sesiones por semana (indicando no obstante que hubiese preferido que fuesen cinco), cara a cara, dejando para más adelante la posibilidad del diván». El enunciado le llega perfectamente (exceptuando lo del diván), la ha seducido el tiempo que estoy dispuesto a dedicarle. La palabra proferida ha sido tan inaugural, tan fundacional como la norma, excepto que no se dirige al mismo lugar psíquico. Así como la norma («Diga todo lo que se le pasa...») pretende hacerse oír por el reprimido, mis indicaciones, ellas, se dirigen al yo, a sus fronteras, a las que delimitan el tiempo y el espacio, formas a posteriori pero sin embargo primitivas de la vida psíquica. Y mis palabras solo van dirigidas a él, al yo, porque adivinan mucha incertidumbre y mucha fragilidad en los confines de su territorio.

El encuadre, el setting, es un «ser de fronteras», como el yo, del que es la proyección en la superficie del análisis; proyección, aquí, en el sentido geométrico. Si el yo (y, detrás de él, el encuadre) está fuera del tiempo, tiene un sentido completamente distinto al del inconsciente. La atemporalidad de este último remite a un lugar psíquico sometido al régimen alucinatorio, donde desear es hacer, sin distinciones, sin demora, un lugar en el que el fantasma se realiza, ignorando las reticencias del mundo exterior.

Si el yo está fuera del tiempo, no es por atemporalidad sino por *eternidad*. La eternidad está tan fuera del tiempo como contra el tiempo, es incluso lo que la define: es *eterno* lo que no es *temporal*. Fantasma narcisista por excelencia, la eternidad, la vida eterna, desmiente el tiempo en nombre de un presente prolongado, sin comienzo ni fin —y sobre todo sin fin.

La muerte y la eternidad son como el anverso y el reverso de la misma hoja, lo que las opone es lo que las reúne. «Cuando nos morimos, es para siempre.» Otra palabra para decir *eternidad* sería *identidad*. *Identitas*, la calidad de lo que permanece incambiado, la identidad sustancial es un sueño de eternidad. A diferencia del inconsciente, Narciso no ignora la negación: la rechaza, así como rechaza la «descomposición de la personalidad psíquica» (Freud, 1932: 53) para perseguir un sueño con Uno, lo que Winnicott, por ejemplo, llama «verdadero self». El self, el uno-mismo es una creencia, una ilusión (vital), la del *ser*, solo *ser*, solo *to be* sin la angustia del *not to be*. Poder creer que se es un todo, poder ignorar «la fragmentación en pulsiones parciales» que amenaza siempre a *mínima* la más lograda de las síntesis (Freud, 1918). El terror de Laura es salir «hecha trizas» de la sesión del viernes por la tarde, la víspera del fin de semana.

El ángulo del desarrollo que Winnicott privilegia de forma manifiesta en muchas ocasiones oculta a posteriori el movimiento de su propio descubrimiento. Él mismo lo dice en *La naturaleza humana*, sin insistir en ello: el énfasis puesto en el desarrollo y su cronología llevaría a pensar que la observación directa del niño muy pequeño es la vía «natural» para el establecimiento de conceptos tales como self, holding, etc. Pero no es así, la observación directa, subraya Winnicott, permite describir el cuerpo del muy pequeño, su comportamiento, no su vida psíquica. Incluso la consulta terapéutica con niños muy pequeños solo da resultados parciales. «El estudio más convincente sobre las necesidades de la muy tierna infancia» tiene otro origen. Deriva «de las observaciones practicadas en pacientes sometidos a análisis que han experimentado una regresión durante la cura. He aprendido mucho observando la regresión continua seguida de progresión en los casos *borderlines*, es decir, en individuos que deben alcanzar dentro de sí mismos, en el transcurso del tratamiento, una patología psicótica» (Winnicott, 1993). En términos más sencillos, ¡nadie ha visto todavía una *good enough mother!*, aunque la imagen de esta sea evocadora para todos.

Su construcción se hace en el lugar del análisis. Hasta ahí, Winnicott es de una gran fidelidad freudiana, teoriza en contrapunto, a partir de las formas psicopatológicas actualizadas por la transferencia, una madre «suficientemente buena», es decir que *no deja caer a su bebé* cuando lo lleva en brazos o en su psique.<sup>3</sup>

Laura no puede confiar en el diván para que este la sostenga. Su fobia del avión, que en el aeropuerto se traduce en escenas de pánico cuando su madre participa en el viaje, así lo da a entender. Como cualquier síntoma, este es equívoco, pero, a veces, cuando falla la fuerza de sustentación del diván, la cosa se manifiesta límpidamente: el bebé es un ser «aeroportado», descubre la gravedad al nacer (Winnicott, 1993). Para poder subir a un avión sin más angustia que una leve inquietud, y a fortiori para dejarse ir a dormir en mitad del vuelo, sin somníferos ni whisky, hay que gozar, dentro de sí, de una confianza casi absoluta en quien lo lleva. Con Laura, nuestra navegación analítica se desarrolla a menudo sobre un fondo de turbulencias y de agujeros de aire. Pero los momentos más peligrosos —poco a poco lo fui descubriendo— son aquellos en los que la habita una verdadera confianza. Mientras el análisis azota, aguantamos, luchamos, nos angustiamos, pero ¡que se instale la confianza!, la caída que conlleva no toca fondo. Y la confianza *tiene que instalarse*. Forma, ¡cuán paradójica!, de la compulsión de repetición ya que una de las características esenciales del fallo (del entorno precoz o analítico), la que la transferencia intenta reproducir, es la de ser *imprevisible* (Winnicott, 1979: 336). Y no hay imprevisibilidad sin una confianza previamente restablecida.

Mi divergencia con Winnicott empieza cuando este abandona la perspectiva freudiana, cuando pretende aislar y tratar fuera de la vida pulsional, fuera de lo sexual infantil un espacio psíquico —digamos que el entorno humano que falla en los primeros momentos de la vida—. A veces vela incluso celosamente por esa distinción. Cuando Enid Balint, pensando que lo estaba citando, evoca «la regresión a la dependencia oral», le escribe de inmediato llamándole la atención: «No encontrará esos conceptos de

3 Que no lo lleve dentro de su corazón es otro asunto diferente; es una historia de odio. («No llevar a alguien en su corazón» significa: detestarlo, odiarlo.)

dependencia oral en mi obra, evité incluso cuidadosamente mezclar las dos cosas, es decir, la regresión a la dependencia y la regresión en términos de estados pulsionales. La regresión a la dependencia de la que he hablado mucho no me parece específicamente vinculada a la fase oral y, de hecho, quiero desligarla completamente de los estados y del desarrollo pulsionales y relacionarla, por tanto, con la función de relación del yo, previa a la experiencia pulsional reconocida como tal» (Winnicott, 1990: 174).

Que la experiencia pulsional no se reconozca como tal es, por parte de la madre que mezcla en sus relaciones con el niño «sentimientos procedentes de su propia vida sexual» (Freud, 1905: 203), una cuestión de represión. Mientras que, por parte del niño, es consecuencia de los medios demasiado rudimentarios de su «libido psíquica». Pero lo que la psique de este último no puede ligar lo expresa su cuerpo con el chupeteo autoerótico que sigue a la lactancia o por medio de la anorexia precoz. Sobre este tema, Winnicott se contradice a sí mismo cuando escribe que en la anorexia «la satisfacción oral se ha convertido en un fenómeno separado, como una especie de seducción. Lo que resulta más importante para el niño es *no comer*; se escapa de la seducción y, aunque esté moribundo, existe en tanto que individuo» (Winnicott, 1990: 248-249). Paradoja de un bebé que, ¡cuando rechaza ser alimentado, intenta restablecer el orden mamífero de la necesidad contra la intrusión pulsional! Equivale a decir que la experiencia pone en dificultad a la propia idea de «necesidad natural». No es que esas necesidades no existan, pero nunca vienen solas, vienen siempre complicadas con otra cosa, empezando por las huellas que deja el inconsciente materno. El bebé anoréxico ya sabe, a su manera, que cuando toma el pecho, cuando ingiere la leche está incorporando algo desconocido, inquietante, alimentos psíquicos demasiado terrestres que vale más no tragar porque amenazan con destruirlo. Las «necesidades» actualizadas por la experiencia transferencial, empezando por la de dependencia —Laura al acabar la sesión del viernes por la tarde: «No saldré de aquí... voy a esperar la sesión del lunes»—, se caracterizan por no tener fondo, como una adicción. Mientras que una necesidad «natural», autoconservativa, se define, al contrario, por su capacidad de sosiego cuando la acción específica es efectuada. El camello deja de beber cuando sus jorobas se han vuelto a hinchar.

Con la «necesidad», permanecemos trabados en una falsa naturalidad. En eso radica la astucia de la necesidad: hacer que su llamada, su grito sea interpretado («tengo necesidad de usted») como una expresión bruta de la necesidad. «Necesidad», la palabra huele a pobreza, pretende que su exigencia de sosiego le viene de la naturaleza. Cuando se la oye, parece que no tiene ni reverso ni cruz, que es simple como la miseria, triste como la penuria; en cualquier caso, es de lo que intenta convencernos. Si resulta apremiante, no es para ignorar el tiempo; en muchos aspectos lo conoce demasiado bien, pero no lo soporta, no soporta que el tiempo aparezca para sí mismo, en la espera, por ejemplo. El deseo es hipotético, conjuga el pasado-futuro en condicional, su idioma primitivo es el del fantasma. La necesidad, en cuanto a ella, no tiene más tiempo que el actual. Nada en ella se presta al guion, es real.

En una carta a Clifford Scott, Winnicott escribe: «Desde que he observado esas regresiones (hacia la dependencia), interpreto más a menudo en términos de necesidad y menos comúnmente en términos de deseo. Cuando por ejemplo me parece suficiente decir: “En el punto al que hemos llegado, necesita que la vea este fin de semana”, cuando la discontinuidad del tratamiento va a resultar contraproducente. En un momento así, si decimos: “Le gustaría que renunciara a mi fin de semana”, estamos en una pista errónea» (Winnicott, 1990: 88).

Me uno gustoso a Winnicott si se trata de subrayar que no sirve de nada dirigirse al paciente en un dialecto que no sea el suyo. Una presentación sistemática de la forma edípica a través de la interpretación devalúa el psicoanálisis en ideología. Pero ¿se puede por ello defender que las formas de regresión a la dependencia, la «necesidad» que las caracteriza, nos sitúan fuera de lo sexual y de su infantilismo? Es lo que afirma explícitamente Winnicott: «Aquello a lo que me refiero no tiene nada que ver con todo esto (pulsiones y deseos), pero concierne a las técnicas de cuidados maternos precoces, primarios incluso, que, cuando son insuficientes, fracasan en el encuentro con las necesidades y perturban por lo tanto la continuidad de desarrollo del individuo» (1990: 101).

Desde el principio del análisis podía ocurrir que Laura, en un momento angustioso de la sesión, manifestase su voluntad de irse. Un resto de educación y mi invitación a continuar la mantenían en el sillón. Luego fue ganando libertad para levantarse y salir, dejándome ahí. Se repi-

tió varias veces, sin que la reanudación de esos momentos en la sesión siguiente cambiase nada. Eso me llevó a proceder de manera diferente, no premeditadamente sino confiando en la llamada transferencial del momento. La angustia se apoderaba de ella, esas angustias que podían hacerla levantarse bruscamente e irse. Había tenido tiempo para aprender a detectar esas señales: un cuerpo presa de la contorsión, ojos que buscan el llanto, un rostro que se deforma, la cara del bebé antes del grito. Una comunicación primitiva sin palabras, pero comunicación. Yo le preguntaba: «¿Qué ocurre?». Unos momentos antes, había estado evocando una escena de desamparo que había tenido lugar en la consulta de uno de sus médicos tras una ruptura sentimental —todos sus médicos: generalista, dermatólogo, ginecólogo, son mujeres y además amigas de su madre—, y la prescripción que había seguido: Atarax, un jarabe que se les suele dar a los niños muy pequeños para tranquilizarlos y facilitar su sueño. Mi pregunta la sumió en una búsqueda silenciosa de la que solo brotó la palabra «Atarax». Imaginé una escena que le propuse: un bebé lleva mucho tiempo gritando; una «mamá» le da Atarax —cuando en realidad el niño habría deseado que le ocurriese algo diferente, algo que hubiese dicho o hecho «el amor»—. La sesión siguió adelante, al ritmo de un intercambio tan lento como denso, más tendiente a la imaginación de lo que no había ocurrido que a su rememoración.

En la sesión siguiente, Laura dice que había estado a dos dedos de irse, que se había dado cuenta de cómo me las había arreglado «para recuperarla al vuelo», que podría guardarme rencor por algo así, «porque es demasiado tarde».

Esto se puede entender de distintas formas: demasiado tarde para ser querida, para ser querida como quiere, para que el deseo encuentre el camino de su cumplimiento, para que se le garantice que todo esto tendrá un futuro («yo soy» es una abreviatura de «yo soy querida»)… Pero también puede significar: su presencia inédita, intempestiva me priva de «mi madre», esa que no oye los gritos que yo no profiero, la que mira hacia otro lado cuando me mira, la que cuando cree escucharme no hace más que seguir el hilo de su propio pensamiento. Esa madre sobre cuyo modelo yo elijo a ese amante al que puedo preguntar veinte veces: «¿Me quieres?» y que no puede comprometerse, en su respuesta, más allá de un: «Te aprecio».

Un amante, una madre que, ante la angustia, no saben oponer más que una estoica ataraxia. En la jerga psicoanalítica, *ataraxia* se dice *neutralidad*.

Es un misterio que no haya nada más apabullante e incluso más *cautivante* que ser el objeto paradójico de la no-implicación. Hasta el punto de quedar colgado toda la vida de unos labios que no nos hablan *porque* no nos hablan. Hasta el punto de elegir por «compañero» a aquel para el que no existimos o, ¡tan poco!, en cualquier caso, siempre demasiado poco. Demasiado poco significa que, para él, no existimos *absolutamente*. Cuando de bebé se tiene una madre invadida por la depresión, tocada por la indiferencia, es para toda la vida.

*Captura*, aquí, suena más justo que *seducción*. Seducción es una palabra cargada de exceso, nada pertinente cuando la pasión es exangüe, cuando el niño no descifra en el rostro del adulto nada que se le parece.

Jean Laplanche, cuando retoma la teoría de la seducción, sugiere que el dispositivo de la escena analítica, más allá de su apariencia de artificio, reproduce algo de lo que él llama «situación antropológica fundamental», es decir, la seducción inconsciente del adulto hacia el niño que mezcla sus efectos con las relaciones de cuidado y de ternura que acompañan los primeros momentos de la vida. A pesar de haber abandonado teóricamente la seducción, Freud la habría restablecido sin saberlo al inventar el dispositivo práctico de la cura. Lo que manifestamente se presenta como un artificio técnico sería, en el fondo, la metáfora de una situación humana primordial.

Si el análisis tiene el poder (poder eventual, parcial, pero poder al fin y al cabo) de «destraducir» las construcciones existentes, de reabrir el proceso de elaboración, de permitir el cambio psíquico, es porque se amolda, en su forma, a la disimetría que caracteriza a la situación de seducción primitiva, genérica, la que reúne a un adulto dotado de un inconsciente y a un infans sometido a una efracción de mensajes que superan sus capacidades de simbolización. El surgir de la transferencia es ciertamente como un acontecimiento real que viene a prender fuego al teatro; con un detalle: es la propia obra, la que se está representando en el escenario, la que prende el fuego.

Esta tesis Freud no la defendió pero la presentó sin darse cuenta. Al principio, el análisis del Hombre de las Ratas es una obra efectista en la que la escena de la seducción coincide con el enunciado de la norma fundamental: «Diga todo lo que se le pasa por la cabeza, aunque sea desagradable...», justo lo que había que decirle a «Paul» para excitarlo, para hacerle saltar del



diván y verlo ir y venir por la habitación. Nada, en este escenario, distingue ya la rama candente por el fuego del fantasma, la que excita-tortura a la rata hambrienta, encerrada en el tarro colocado en el trasero del condenado, nada distingue el instrumento del suplicio de la norma manejada por el analista. La norma en sí —los varillazos— está totalmente tomada por la actividad transferencial, y lo que queda del marco en esos momentos se reduce como mucho a las paredes de la consulta y a la puerta cerrada.

Freud analista, en esas primeras sesiones, da dos ejemplos de mensajes comprometidos (por lo sexual, por lo inconsciente): el más evidente es cuando le presta ayuda al Hombre de las Ratas demasiado angustiado, cuando se pone a hablar en su lugar: puedo intentar adivinar (*erraten*), dice, ese suplicio. ¿Qué pretende, empalar? ¿La rata, a dónde va? ¿Dentro del ano? Momento transferencial, contratransferencial de actividades fantasmales conjugadas (Freud, 1909).

Más interesantes aún, por homogeneidad con el gesto fundador del análisis, son el enunciado de la norma, ya evocado, y el anuncio de los honorarios. Dos elementos instauradores de la situación, ambos del orden del «encuadre», como se suele decir, ambos recibidos-traducidos en términos de seducción por el paciente: por una parte el suplicio por vía de la norma (dígalo todo), por otra, la transformación del dinero en ratas: «tantos florines, tantas ratas». Pensamiento culpable gracias al cual el Hombre de las Ratas se va a autotorturar deliciosamente en silencio durante seis meses antes de soltar prenda, cuando empiece a perderle el gusto al silencio.

Más allá de Freud, se podrían multiplicar los ejemplos que van en el mismo sentido. ¿Qué decir por ejemplo de la invitación a «tumbarse»? Aunque no infinita, la lista de las traducciones que le pueden dar los pacientes a este mensaje comprometedor es larga: «¡Escupe!»,<sup>4</sup> «Échate!», «*Marie-couche-toi là*»...<sup>5</sup>

4 *Escupe*, expresión de argot para decir *confesar*.

5 En argot francés *s'allonger* ('echarse') es sinónimo de confesar o incluso de traicionar; cuando un delincuente, por ejemplo, «se echa», es que da el nombre de sus cómplices. *Couché!* ('¡Échate!') es lo que se le dice a un perro para someterlo. *Marie-couche-toi-là* es una expresión que designa a una chica, a una mujer que «se acuesta» (en el sentido de acto sexual) con facilidad.

Lo que le debe la hipótesis de Jean Laplanche al paradigma de la histeria y, más allá de este, al de la neurosis es bastante evidente para que huelgue insistir. Pero ¿qué ocurre cuando, del lado del paciente, a semejanza de Laura, es la propia escena de seducción la que no se llega a constituir? Leer en la mirada de la que nos amamanta el deseo del que somos objeto o no leer nada abre a vidas (vidas analíticas incluso) muy distintas. Una de las diferencias esenciales entre el infans y el analizando, diferencia que vuelve aproximada o circunstanciada la hipótesis de J. Laplanche, deriva del yo y de su historia. Como lo subraya Freud, si las «experiencias vividas durante los muy primeros años de la infancia» resultan tan cargadas de significado, es porque la debilidad de su yo ofrece el niño a la penetración, a la implantación del enigmático inconsciente.

Robusto o enclenque, el yo del paciente adulto es, de todas formas, el resultado de una larga elaboración, sin mencionar la implicación de la que él mismo es objeto. Este último aspecto, el del narcisismo, cambia profundamente la situación y sabemos el peso que tiene en la conducción de la cura. Aunque se defienda el carácter sexual del narcisismo, hay una diferencia importante para el destino del análisis cuando la inversión recae más en el yo que en el objeto. Sería excesivamente expeditivo decir que la diferencia entre la situación originaria de seducción y la situación analítica radica en el narcisismo, pero no quita que los vínculos tejidos por este último, las fronteras que perfila —que querría fuesen infranqueables—, bastan para falsear la perspectiva. La dificultad no es menor cuando los confines del yo son inciertos.

La propia enunciación de la regla fundamental constituye un indicador cuando las enseñanzas que se sacan de las primeras entrevistas descalifican la escena de seducción inaugural («Diga todo lo que se le pasa...»). Sería no entender a quien tiene una boca que, como un «agujero hemorrágico», vierte, sin poder parar, su quejido melancólico, o a quien, hecho una bola en la cama-diván, se sumerge en un silencio abisal. En este sentido, el ejemplo de Laura es complicado. Hay varias Lauras; tantas Lauras como los lugares psíquicos que la constituyen. Joven hermosa, inteligente y culta, muy *glamour* en su presentación, Laura no carece de «teatro privado», *también* es histerica. Pero el análisis no empieza por ahí, y aún menos se *origina* en eso, más allá de su desarrollo cronológico. Antes de tener la

esperanza de imitar la atemporalidad del inconsciente, el tiempo dilatado (cuatro o cinco sesiones semanales) que se le ofrece quiere creer en la continuidad de existencia, si no en su eternidad.

Pierre Fédida subraya pertinentemente que la alucinación negativa de la persona del analista es la condición que posibilita el proceso analítico al permitir la apertura de las transferencias y su variabilidad. No siempre es el paciente el que rechaza esa libertad, esa plasticidad; pensemos en el uso sistemático que le pueden dar algunos analistas a una interpretación elaborada en la forma canónica: «Conmigo aquí y ahora, como en otro momento y otro lugar con otro (otra)».

Laura primero le prohíbe al analista que se ausente. Su vida depende de ello. «Si lo llamo durante el fin de semana —dice—, es para comprobar que no ha desaparecido.» Es adicta a la presencia, «desaparezco cuando no estás aquí», y no hay peor ausencia, peor vacuidad que la del vacío que se abre bajo nuestros pies cuando creíamos que el suelo nos soportaba. «El primer amor nos llega de abajo», escribe Winnicott. Cuando viene, cuando soporta... Laura conjuga la transferencia en singular, la satura. A su manera, recuerda que las calificaciones de la transferencia en materno o paterno imponen siempre trabas a la dinámica analítica, formas de impedir la plasticidad *de las* transferencias. Es un bebé que no le quita el ojo a una madre que inevitablemente va a fallar. Sabe, sabe absolutamente, que va a brotar una palabra que vendrá a derrumbar lo que apenas se acaba de (re)constituir. Hablaba con su madre, por teléfono, de la muerte reciente de su gato. Primero se sintió escuchada en su dolor, se lo creyó, luego no falló: su madre le preguntó: «¿Ya está frío?». Laura le colgó el teléfono.

De las palabras de Freud acerca de la colocación respectiva de los protagonistas de una escena analítica no se suele retener más que la ocurrencia: «no soporto que se me mire durante ocho horas al día», cuando en realidad el desarrollo que sigue pone el dedo en lo esencial: la atención no se puede tomar la libertad de ser flotante, de supeditarse a la llegada del *incidente*, más que si el rostro, el del analista, está liberado de la coacción del cara a cara (1913: 135). Laura reivindica la atención permanente, su petición de análisis va contra el análisis. Está en contra del pasado, a favor del presente. En contra de la interpretación, a favor de la verdad. Si la atención flota, se hunde.

Al cabo de un tiempo, no obstante, podrá empezar a jugar al juego de la ausencia. Para ausentar a la persona del analista, aunque siga instalándose primero en el sillón de enfrente para no perderlo de vista, le bastará con una ligera rotación que disimetrice sus posturas respectivas. Su frase del viernes por la tarde: «no saldré de aquí, voy a esperar la sesión del lunes», condensa las dos perspectivas. Manifiestamente afirma que no cabe existencia que no sea discontinua, mas secretamente —en esa nota casi imperceptible de humor— ya empieza a jugar con el analista-ovillo.

De que el holding Laura-bebé haya vivido rupturas y discontinuidades debidas a su entorno materno no cabe duda, la transferencia no deja de ponerlas en escena. Una psicoterapia del apego, una haptonomía, etc., intentarían responder a la dificultad mediante experiencias correctoras específicas. Estas lo pueden hacer porque se ahorran el inconsciente, se ahorran el síntoma como formación de conveniencia entre defensa y satisfacción. Una teoría del apego, para constituirse, solo puede «desconocer» que el pecho materno es una zona erógena, cálida o fría, para la madre y por consiguiente para el niño, y que el amamantar es una escena potencial de seducción. En cuanto al psicoanálisis, no debe desviar hacia una experiencia de maternaje si no quiere perder lo que lo fundamenta. La desviación del dispositivo analítico no es menos perversa: que el analista se tome por la madre o por el amante. Que el paciente se dedique a colmar la relación transferencial, hasta saturarla, entre madre y bebé, es problema suyo; el problema del analista es no responder cuando la repetición se lo viene a reclamar.

Que lo haga sin embargo a través, por ejemplo, de las conductas de reafirmación y que abra para sí el análisis necesario de la contratransferencia. «Auguro momentos difíciles a los padres que interpretan el inconsciente de sus hijos» (Winnicott, 1965: 329), como el analista que le dedica a su paciente satisfacciones maternantes. Esto no priva obviamente al psicoanálisis de la virtud de ser una experiencia correctora —de los fracasos del entorno precoz, del holding—, pero partiendo de sus propios y únicos medios: por una parte la constancia, la fiabilidad del dispositivo —regresivas en algunas circunstancias— lo único que el analista puede ofrecerle a su paciente —dice Winnicott— es su puntualidad (los estragos producidos en el análisis de Laura por una sesión que tuve que posponer me permitieron

comprobarlo inversamente); y por otra parte, la interpretación «correcta y oportuna».

El psicoanálisis no debe seguir más que una vía: la del desplazamiento y la transformación, en cuanto *responde*, en cada interpretación, quizá únicamente desconociendo la polisemia del síntoma.

En este movimiento doble, de acuerdo y de crítica, que alternativamente sigue y contradice la argumentación de Winnicott, la referencia que se mantiene a lo sexual infantil es decisiva. La teoría puede sacar alguna ventaja de aislar una «función de relación del yo» fuera de la vida pulsional, «no impide existir». Que falle el holding no resuelve la cuestión de saber lo que se precipita dentro de la brecha así abierta. La angustia del niño de pecho cuando su madre permanece demasiado tiempo alejada no se puede disociar de la embestida pulsional interna que el yo inmaduro, apenas perfilado, no logra contener; un ataque que intrinca deseancia y destructividad.

Las formas adictivas (de la dependencia del amado a las conductas tóxicas) que adoptarán después los síntomas indican —en su desmesura— que es el núcleo de la experiencia pulsional, la compulsión de repetición, el que aprovecha el fracaso para instalarse en el espacio abierto.

En un testimonio de su análisis con Winnicott, Margaret Little escribe: «[la sexualidad infantil] no es más que un despropósito y un sinsentido cuando uno no está seguro de su propia existencia, de su supervivencia y de su identidad» (1951). Esta afirmación solo es aceptable si se obvia la parte más fragmentada de lo sexual, los «restos de Eros», la parte que en el movimiento freudiano hacia la segunda tópica caerá del lado de la pulsión de muerte. La mezcla indiscernible de gozo y destrucción, hasta la muerte, que caracteriza a algunas toxicomanías, anorexias, etc., es la manifestación más explícita de esos «restos».

«Diga todo lo que se le pasa por la cabeza...», la regla fundamental invita el pensamiento al autoerotismo. Esa seducción, sexualización que crea el lugar analítico, descansa en la convicción según la cual lo sexual infantil no solo es determinante del conflicto psíquico, sino que entraña, por su polimorfía, su *plasticidad*, capacidades de transformación que pueden ponerse al servicio del cambio psíquico. En un extremo, la repetición hasta la compulsión, en el otro, una facultad de desplazamiento sin parangón.

Lo ilustran bastante bien las dos figuras del perverso y del «perverso polimorfo», es decir, el niño. La polimorfia infantil aprovecha la plasticidad de la pulsión para recorrerse todos los guiones y multiplicar los fantasmas —antes de que la genitalidad edípica venga a restringir el abanico de posibilidades—, mientras que la perversión del adulto, tan inmóvil como una adicción, oprime la vida sexual en una picota, fija el gesto sexual en un programa que debe obedecer al pie de la letra al fantasma (a uno solo).

Freud ha llamado «sublimación de los orígenes» (1910)<sup>6</sup> a esa fecundidad de la pulsión sexual que se puede difractar en múltiples actividades que al sentido común nunca se le ocurriría definir como sexuales. Hablar, por ejemplo. Entre sus labios y entre burbujas, el pequeño que acaba de despertar cuando los padres aún duermen juega con los sonidos: «mamá, papá». Solo después esos sonidos «vocalizados» por el autoerotismo se tornarán palabras, cosas útiles, puestas al servicio de la autoconservación, cuando haya que llamar. El lenguaje es una creación autoerótica —indisociable de una escena de seducción: se aprende a hablar por amor a... — antes de pasar a cumplir una función de comunicación. Por eso un niño que se encierra en una psicosis puede llegar a no hablar nunca. El análisis invita a tomar el contrapié del sentido común: antes de ser una caja, la caja es un vientre (Susan Isaacs). La naturalidad de la autoconservación es tan engañosa como la de la necesidad.

Aun si el tándem asociación libre-atención flotante —que define los dos regímenes autoeróticos del pensamiento, en el analizando y el analista— no está disponible al principio del análisis, como en el caso de Laura, sigue siendo en mi opinión un horizonte que no hay que perder de vista. El objetivo entonces no es introducir una sexualidad infantil demasiado ausente —una vez más la desmesura de las «necesidades» testifica su presencia compulsiva—, sino restaurar, incluso inventar su plasticidad. ¿No se debe interpretar en ese sentido todo el playing técnico al que se dedica Winnicott en ocasiones? La sexualidad infantil no solo es el objeto del psicoanálisis: es una herramienta. ♦

6 Esta forma de sublimación hace eco a la creatividad primaria, según Winnicott.

## RESUMEN

En el trabajo el autor aborda la problemática de la regla fundamental del psicoanálisis, y a partir de un caso clínico desarrolla distintas aproximaciones teóricas a ella. La paciente en cuestión, que rechaza el diván, concurre cuatro veces por semana a su análisis y plantea que usará el diván «una vez que el análisis esté finalizado».

El autor, partiendo del caso clínico y de los planteos de Freud, señala que, enunciada la regla analítica «Diga todo lo que se le pasa por la cabeza», esta no tiene un carácter universal, ya que conserva el vestigio de la historia singular, el descubrimiento de la represión en las psiconeurosis. Se pregunta entonces: ¿qué quiere decir la regla «Diga todo lo que se le pasa por la cabeza...» a aquel al que va dirigida?

Concibe el encuadre como un «ser de fronteras», como el yo, en cuanto proyección en la superficie del análisis.

Su aproximación posterior a los planteos de Winnicott (holding, regresión a la dependencia, etc.) encuentra un punto de divergencia cuando este abandona la perspectiva freudiana y pretende aislar y tratar fuera de la vida pulsional, fuera de lo sexual infantil, un espacio psíquico-entorno humano que falla en los primeros momentos de la vida. Asimismo señala la pertinencia de Winnicott, subrayando lo importante de poder dirigirse al paciente en un dialecto que sea el suyo.

El trabajo también toma planteos de Laplanche relativos a la teoría de la seducción, sugiere que el dispositivo analítico, más allá de su artificio, reproduce la «situación antropológica fundamental», es decir, la seducción inconsciente del adulto hacia el niño, en la que se mezclan sus efectos con las relaciones de cuidado y de ternura que acompañan los primeros momentos de la vida.

Finalmente se plantea que la regla fundamental del «Diga todo lo que se le pasa por la cabeza...» invita al pensamiento autoerótico, y en este sentido señala que «el objetivo no es introducir una sexualidad infantil ausente —una vez más la desmesura de las “necesidades” testifican su presencia compulsiva—, sino restaurar, incluso inventar su plasticidad. ¿No se debe interpretar en ese sentido todo el playing técnico al que se

dedica Winnicott, en ocasiones? La sexualidad infantil no solo es el objeto del psicoanálisis: es una herramienta».

*Descriptores:* TIEMPO / REGLA FUNDAMENTAL / SITUACIÓN ANALÍTICA / SEXUALIDAD INFANTIL  
/ MATERIAL CLÍNICO /

*Autores-tema:* Winnicott, Donald

#### ABSTRACT

In this paper the author deals with the problem of the fundamental rule of psychoanalysis and starting from a clinical case develops different theoretical perspectives. The patient in question, who refuses to use the couch, comes to analysis four times a week and states that he will use the couch «once the analysis is finished».

The author starting from this clinical case and Freudian statements, says that once the analytical rule has been pronounced «say everything that comes into your head», this has no universal character since it conserves the vestiges of a singular history, the discovery of repression in psycho-neurosis. The author therefore asks: What does the rule «say everything that comes into your head» mean to the person to whom it is addressed?

He perceives the framework as a «borderline being», like the ego, as a projection on the surface of analysis.

Its later approximation to the position of Winnicott (holding, regression to a state of dependence, etc.), reaches a point of divergence, when Winnicott abandons the Freudian perspective, and seeks to isolate and treat outside of the life drive, outside of infantile sexuality, a psychic space-human environment which fails in the first moments of life. At the same time he indicates the relevance of Winnicott, underlining the importance of being able to address oneself to the patient in his own dialect.

The paper also includes ideas of Laplanche, relating to the theory of seduction, suggesting that the analytic device, apart from its artificiality, reproduces the «fundamental anthropological situation», that is the unconscious seduction of the adult towards the child, in which its effects are mixed with the relationship of care and tenderness, which accompany the first moments of life.



Finally it suggests that the fundamental rule of «say all that comes into your head...», leads towards auto-erotic thinking and in this sense states that «The objective is not to introduce an absent infantile sexuality, once more the excess of the “necessities” are witness to their compulsive presence, but rather to restore and even to invent its plasticity. Should not all the technical playing of Winnicott be interpreted in this sense on occasions? Infantile sexuality is not only an object of psychoanalysis; it is a tool for it».

*Keywords:* TIME / FUNDAMENTAL RULE / ANALYTIC SITUATION / INFANTILE SEXUALITY / CLINICAL MATERIAL /

*Authors-subject:* Winnicott, Donald

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Freud, S. (1905). *Tres ensayos de teoría sexual*. Obras Completas, v. VII. Buenos Aires: Amorrortu. 2008.
- (1909). *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*. Obras Completas, v. X. Buenos Aires: Amorrortu. 2008.
- (1910). *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*. Obras Completas, v. XI. Buenos Aires: Amorrortu. 2010.
- (1913). *Sobre la iniciación del tratamiento*. Obras Completas, v. XII. Buenos Aires: Amorrortu. 2010.
- (1918). Carta del 9-10-1918. *Correspondencia Freud-Pfister*. México: Fondo de Cultura Económica. 1966.
- (1932). *31.ª conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica*. Obras Completas, v. XXII. Buenos Aires: Amorrortu. 2006.
- Little, M. (1951). *Relato de mi análisis con Winnicott*. Buenos Aires: Lugar Editorial. 1995.
- Winnicott, D. (1965). *El valor de la consulta terapéutica. Exploraciones psicoanalíticas*. Buenos Aires: Paidós, 1991.
- (1979). *El proceso de maduración en el niño*. Barcelona: Laia.
- (1990). *El gesto espontáneo. Cartas escogidas*. Barcelona: Paidós.
- (1993). *La naturaleza humana*. Buenos Aires: Paidós.